

VIDA Y DOCTRINA

Del libro para miembros del Opus Dei: CUADERNOS 5: LA MISIÓN APOSTÓLICA

VIDA Y DOCTRINA

*Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el máximo y primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: amarás a tu prójimo como a ti mismo*¹. Amarás a Dios: éste es el dulce mandamiento fundamental; los compendia todos, los contiene, los hace nacer. Porque amamos a Dios, amamos todo lo suyo, y amamos especialmente a sus hijos, entre los que cada uno se cuenta también a sí mismo.

En esto se cifra la santidad: en amar a Dios sobre todo, y a todo lo demás —incluso a nosotros mismos— por Dios. Hemos de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, y a nosotros mismos como a nuestro prójimo. Y un descuido, un desamor tanto en un sentido como en otro, implicaría siempre un límite al amor de Dios. Por esta razón —lo hemos oído muchas veces— la santidad, la lucha ascética, la vida interior es el alma de todo apostolado, la condición de su eficacia, la garantía de su rectitud.

La sola cosa necesaria

Del mismo modo, con igual fundamento decimos que santidad y apostolado constituyen el fin de nuestra vocación, como dos aspectos in-

(1) *Matth.* XXII, 37-39.

separables de un mismo fin. Nosotros no podríamos ser santos si no fuéramos apóstoles; y nuestro apostolado sería nulo, si no estuviese respaldado por una vigorosa lucha interior. *Quien tiene la misión de decir cosas grandes, está igualmente obligado a practicarlas* ². Más aún: sólo si las practica, las dirá de un modo realmente eficaz; sólo si las vive, su palabra será verdaderamente fructuosa; sólo si él mismo arde —y en la medida en que arda—, podrá encender a los demás. *Si somos otros Cristos*, ha dicho nuestro Padre, *donde estemos quemaremos* ³.

Tal doctrina tiene su base en las palabras del Señor: *sine me nihil potestis facere* ⁴, sin mi nada podéis hacer; y se completa con estas otras: *el sarmiento no puede de suyo producir fruto, si no está unido con la vid* ⁵. De manera que *una sola cosa es necesaria: la santidad personal. Este es el secreto de la eficacia del Opus Dei* ⁶.

De nuestra santidad personal, de nuestra vinculación con la vid depende el poder de vincular a los demás, de llevarlos a la santidad, que es el fin de todo apostolado. La palabra apostólica ha de fructificar en nosotros mismos, ha de obrar en nuestra vida lo que queremos que realice en la de los demás. La acción apostólica será eficaz en la medida en que empiece por santificar al apóstol, del mismo modo que un sarmiento dará tanto más fruto cuanto más vitalizado esté por la savia de la vid. Es lo que hizo decir a San Bernardo estas célebres palabras: *si eres cuerdo, serás concha y no canal* ⁷; y lo que ha llevado también a nuestro Padre a escribir: *es preciso que seas "hombre de Dios", hombre de vida interior, hombre de oración y de sacrificio. —Tu apostolado debe ser una superabundancia de tu vida "para adentro"* ⁸.

La santidad, la lucha interior, es el fundamento del apostolado. Son inseparables, porque tienen la misma raíz, porque proceden del mismo amor; pero también por la eficacia, porque el fruto depende de nuestra unión con Cristo, porque nadie da lo que no tiene, porque éstas son las armas del verdadero apóstol: *primero, oración; después, ex-*

(2) San Gregorio Magno, *Regula pastoralis* 2, 3.

(3) De nuestro Padre.

(4) *Ioann.* XV, 5.

(5) *Ioann.* XV, 4.

(6) De nuestro Padre.

(7) San Bernardo, *In Cantico Canticorum sermo* 18.

(8) *Camino*, n. 961.

piación; en tercer lugar, muy en "tercer lugar", acción ⁹.

También para que sean duraderos sus efectos, el apostolado requiere la vida interior: Dios cuenta con el tiempo para que la siembra dé su fruto, y entre tanto se requiere el cuidado de la planta apenas nacida; y es necesaria al apóstol la constancia, la perseverancia en el trabajo comenzado, sin desánimos, aunque no vea los frutos, sólo por amor de Dios y de las almas. Sólo la unión con Dios puede dar al alma del apóstol las virtudes que determinan el buen apostolado. *Maestro* —dijo Nicodemo a Jesús—, *sabemos que eres un maestro enviado de Dios: porque ninguno puede hacer los milagros que Tú haces, si no tiene a Dios consigo* ¹⁰.

Unidad de vida

En verdad, en verdad te digo, que nosotros no hablamos sino lo que sabemos bien y no atestiguamos sino lo que hemos visto ¹¹, siguió respondiéndole el Señor. Es otro motivo que refuerza la necesidad de respaldar con vida interior la acción apostólica. La palabra que invita a la santidad ha de provenir de quien sabe lo que esto significa. Para que el guía de ciegos no sea también ciego no basta saber como de oídas, por referencias; hay que vivir, experimentar: sentir en carne propia el trabajo de la gracia y los obstáculos que encuentra, las dificultades y angustias que deben sufrirse y las glorias que se saborean. Para llevar las almas a la santidad no basta un teórico y vago conocimiento del camino; es necesario el conocimiento vivo y concreto que se sigue de andarlo. Para los trayectos difíciles, peligrosos, de montaña, no basta un mapa; no bastan *esos carteles indicadores en las carreteras, que dicen a tal sitio y ellos no van* ¹²; necesitamos que un guía nos acompañe. Y este guía,

(9) *Camino*, n. 82.

(10) *Joann.* III, 2.

(11) *Joann.* III, 11.

(12) De nuestro Padre.

más que hablar, lo que ha de hacer es marcar con su paso el camino, ir delante, aplicarse a sí mismo lo que sabe; lo demás viene por añadidura. *Mandamos que sea rector con sus obras, que muestre a sus súbditos el camino de la vida, viviendo* ¹³.

Si la oración y la experiencia interior nos enseñan lo que debemos decir, la mortificación atempera y regula el modo de hacerlo, al tiempo que purifica la intención. La palabra se hace afable al mismo tiempo que firme, desaparece el celo amargo, la acción se hace verdaderamente bienhechora.

Por otra parte, está la enorme eficacia operativa del ejemplo. El mejor modo de transmitir un conocimiento detallado y vivo del camino, es con la propia vida. Y hemos sido enviados a transmitirlo: *¡a dar doctrina! ¡Luz, luz, a dar luz por ahí! ¡Y sal! Con el ejemplo, que es la mejor predicación. Yo he visto muchas veces a gente que se rinde al ver nuestra conducta, al ver que acomodáis vuestra conducta a vuestras creencias, al ver vuestra unidad de vida* ¹⁴, nos decía nuestro Padre.

Cuando el Señor quiso enseñar a los suyos cómo debían vivir la caridad unos con otros, se ciñó El mismo una toalla y lavó los pies de sus discípulos, pudiéndoles decir luego: *ejemplo os he dado, para que, lo que yo he hecho con vosotros, así lo hagáis vosotros también* ¹⁵. Esta fue la norma constante de su pedagogía divina, como señala Pío XI: *si las turbas lo aclamaban no era tanto porque "jamás ha hablado otro como este hombre"* ¹⁶ *cuanto porque "todo lo hizo bien"* ¹⁷⁻¹⁸. Así lo confirma San Juan, que al comenzar su primera epístola, dice que anuncia *lo que fue desde el principio, lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos, y contemplamos, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de la vida* ¹⁹. Esa norma la siguieron fielmente los Apóstoles, por lo que San Pablo pudo escribir: *lo que habéis aprendido y recibido y oído y*

(13) San Gregorio Magno, *Regula pastoralis* 2, 3.

(14) De nuestro Padre.

(15) *Ioann.* XIII, 15.

(16) *Ioann.* VII, 46.

(17) *Marc.* VII, 37.

(18) Pío XI, Litt. enc. *Ad catholici sacerdotii*, 20-XII-1935.

(19) I *Ioann.* I, 1.

visto en mí, esto habéis de practicar, y el Dios de la paz será con vosotros ²⁰. Y recomienda lo mismo a Tito: en todas las cosas muéstrate dechado de buenas obras ²¹. También San Pedro pedía a todos los obispos que fuesen verdaderamente dechados de la grey ²².

Cierta eficacia podría tener la palabra sola, sin vivirla, *por la virtud misma de la doctrina de Jesús* ²³; pero, aparte de que esos frutos suelen ser poco duraderos, *no se compensa, con este bien, el mal enorme y efectivo que producen matando almas de caudillos, de apóstoles, que se apartan, asqueadas, de quienes no hacen lo que enseñan a los demás* ²⁴. Esos falsos apóstoles merecerían aquel denuesto paulino, eco del juicio que ha de venir: *tienes puesta tu confianza en la Ley y te glorías en Dios y conoces su voluntad y, amaestrado por la Ley, disciernes lo que es mejor, tú que te jactas de ser guía de ciegos, luz de los que están a oscuras, preceptor de gente ruda, maestro de niños, como quien tiene en la Ley la pauta de la ciencia y de la verdad: y, no obstante, tú que instruyes al otro, no te instruyes a ti mismo* ²⁵.

Por amor a las almas

En el dogma de la Comunión de los Santos, vemos una nueva razón para fundamentar el apostolado en nuestra santidad: somos todos miembros de Jesucristo, partes de un mismo cuerpo. De ahí que la salud espiritual del apóstol repercuta necesariamente, de un modo u otro, en la del alma que trata de ganar. Y la lucha personal por ser mejor se hace así apostólica también en la intención.

“Ideo omnia sustineo propter electos” —todo lo sufro, por los escogidos, “ut et ipsi salutem consequantur” —para que ellos ob-

(20) *Philip.* IV, 9.

(21) *Tit.* II, 7.

(22) *I Petr.* V, 3.

(23) *Camino*, n. 411.

(24) *Camino*, n. 411.

(25) *Rom.* II, 17-21.

tengan la salvación, "quae est in Christo Iesu" —que está en Cristo Jesús.

—*¡Buen modo de vivir la Comunión de los Santos!*

—*Pide al Señor que te dé ese espíritu de San Pablo* ²⁶.

Jesús subió a la Cruz por nosotros, realizando en sí una expiación que El no necesitaba; con más razón aún, el apóstol debe purificarse y santificarse por afán redentor, supliendo en sí lo que ve que falta en los otros, para que también los otros sean colmados. *Si eres generoso..., si correspondest, con tu santificación personal, obtendrás la de los demás* ²⁷. Y eso hace que nuestro Padre nos haya dicho muchas veces: *todo depende de nuestra santidad personal. ¡Lo veo tan claro! Por eso, pedid mucho por mí, para que sea como el Señor quiere* ²⁸.

La oración y la mortificación son la base de nuestro apostolado. Y esa petición es tanto más oída cuanto más apoyada está por la santidad del que pide. De modo que, porque la gracia ha de venir por la unión con Jesucristo, y brotar para el apostolado de un gran amor de Dios; porque el apóstol ha de conocer bien lo que enseña; porque sus armas son oración y sacrificio; porque el mejor libro donde ha de enseñar es su propia vida; porque ha de suplir en sí lo que falta a los demás, mereciendo lo que quiere darles, y haciéndose oír de Dios con la rectitud de su propia conducta; por todas estas razones, el apóstol ha de ejercitar en sí aquella virtud concreta —afinándola, perfeccionándola— que trata de promover en el alma de su amigo. De ahí las palabras que tantas veces nos ha repetido nuestro Padre: *no querría ninguna obra, ninguna labor, si mis hijos no se mejorasen en ella. Yo mido la eficacia y el valor de las obras por el grado de santidad que adquieren los instrumentos que las realizan* ²⁹.

He aquí la perfecta armonía de estos dos mandamientos que son el resumen de la Ley y de los profetas: *amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el máximo*

(26) Camino, n. 550.

(27) De nuestro Padre.

(28) De nuestro Padre.

(29) De nuestro Padre, n. 29.

y primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: amarás a tu prójimo como a ti mismo ³⁰.

Esta doctrina general se concreta, por ejemplo, en la labor de amistad y confianza que realizamos con nuestros amigos, en la corrección fraterna, en las labores internas de formación que la Obra nos confíe. Aquí entramos ya en el terreno del detalle; se trata de almas que quieren santificarse, y quien, de algún modo, ha de conducirlos, debe aquilatar mucho. No se trata ya de ver antes la viga en el propio ojo que la paja en el ajeno, sino de descubrir también antes la paja en el propio que la viga en el ajeno.

Empezar por uno mismo

Para esa labor hay que estar particularmente unido a Dios. El que de un modo o de otro dirige a las almas debe ser canal de gracias, sarmiento fecundo. Y para eso es necesario que se aplique a sí mismo el consejo que va a dar a otros; y si ya vive la virtud de que se trate, debe afinarla, mejorarla. De este modo conseguirá *la eficacia operativa de que sólo con su presencia encienda, queme* ³¹.

La experiencia inmediata, actual, del esfuerzo que se necesita para desarraigar un defecto, da a la palabra una norma viva, que advierte lo que hay que hacer —y lo que hay que decir para que hagan— hasta en los menores detalles. Se conocen las reacciones que el *hombre viejo* pondrá, y se establece una comunicación de simpatía y de caridad, una unión fuerte de lucha común; y se sabe hasta dónde es posible exigir y cómo conviene hacerlo.

El que recibe la exhortación, el consejo —dado sin acritud, con templanza bienhechora—, se siente ganado por un ruego tácito que le es hecho, y que sabe leer entre líneas: *no se puede derrumbar el frente*

(30) *Matth.* XXII, 37-39.

(31) De nuestro Padre.

ni en ti ni en mí ³². El consejo se hace mucho más eficaz, pues lleva consigo el modo de realizarlo. *Más gustosamente penetra en el corazón de los oyentes la voz que viene recomendada por la vida del que habla; porque lo que manda hablando, mostrándolo ayuda a que se haga* ³³. Y esa voz no viene apoyada por una virtud genérica, sino por la propia virtud que se recomienda, hecha vida. Es verdad que el no poseerla no debe retraernos de aconsejarla, de hacer una corrección fraterna, pongamos por caso; pero el aconsejarla debe empujarnos a vivirla, y a vivirla esmeradamente cuanto antes, por amor de Dios, por sinceridad, por eficacia. Sabiendo, además, que si el Señor nos pide eso, nos dará las gracias suficientes para lograrlo. *Y verás cómo, si tú vives así, comenzarán otros a vivir lo mismo: serás como una hoguera que enciende todo* ³⁴. Y, como Cristo, a eso hemos venido al mundo: *ignem veni mittere in terram!* ³⁵.

El Señor vino a enseñar, pero haciendo. Facere et docere. Vino a enseñar, pero siendo modelo, siendo Maestro y texto de doctrina a la vez con su conducta ³⁶. Esta pedagogía evangélica ha sido indispensable siempre; pero tal vez hoy de modo especial, cuando los hombres tienen los oídos llenos de doctrinas vacías, de especulaciones intelectuales que se venden a buen precio. *Hoy, en efecto, más que nunca, los hombres se dejan persuadir, más que por las palabras, por los ejemplos concretos y evidentes de quienes viven junto a Jesucristo* ³⁷. Y de este modo, el amigo nuestro que nos escucha, el hermano que recibe el consejo, puede acabar diciendo: *viendo yo esto, he puesto atención, lo he considerado y he sacado esta lección* ³⁸. Así nos lo describe nuestro Padre, para el caso particular de la templanza: *te han visto: que haces, que no haces; que luchas, que te mortificas. El primer día no lo notan, pero al fin trasciende. Y eso sólo, que parece tan tonto, de tal manera lleva el "bonus odor Christi", que arrastra* ³⁹.

(32) De nuestro Padre.

(33) San Gregorio Magno, *Regula pastoralis* 2, 3.

(34) De nuestro Padre.

(35) Luc. XII, 49.

(36) De nuestro Padre.

(37) Pío XII, Epist. *I felici sviluppi*, 25-1-1950.

(38) Prov. XXIV, 32.

(39) De nuestro Padre.

El que aconseja, como está obligado a orar y a mortificarse por el aconsejado, encuentra así el modo mejor de suplir con afán redentor, de merecer por el otro, de recabar una gracia sin la que la rectificación es imposible. Por eso nos ha dicho nuestro Padre: *cuando quieras lograr el mejoramiento de alguien en un punto concreto, tu mejor oración por él será conseguir tú mismo un efectivo mejoramiento propio en ese mismo punto, y ofrecerlo por esa intención* ⁴⁰. La eficacia de esta lucha está asegurada por aquellas palabras dichas por Jesús, a propósito de los mandamientos más pequeños: *el que los guardare y enseñare, ése será tenido por grande en el Reino de los cielos* ⁴¹.

Este modo de proceder, además de ser el único realmente eficaz, decora con virtudes muy finas el alma del apóstol: le confiere un *amor que cubre todas las deficiencias, y que os llevará a comprender y a disculpar las cosas personales de los demás, y a ser intransigentes con el error y con vosotros mismos* ⁴². Viendo así claramente sus propias dificultades y miserias, el apóstol se hace humilde y no se extraña nunca de las ajenas, no se escandaliza jamás de nada. Su comprensión le hace paciente, le aleja de toda intemperancia; y sabe esperar a que la gracia vaya haciendo su obra. Y si tarda, piensa antes en la deficiencia de su apostolado —y se exige más a sí mismo— que en la falta de correspondencia de los otros. Entonces vive a la letra aquel consejo de San Pablo que tantas veces nos ha recordado nuestro Padre: *veritatem autem facientes in caritate* ⁴³.

(40) De nuestro Padre.

(41) *Matth.* V, 19.

(42) De nuestro Padre.

(43) *Ephes.* IV, 15.

[Anterior](#) - [Siguiente](#)

[Volver al índice de Cuadernos 5: La misión apostólica](#)

[Volver a Libros silenciados y Documentos internos](#)

[Ir a la correspondencia del día](#)

[Ir a la página principal](#)